

## ***¿Crisis de la Generalidad o crisis nacional?***

**G. Munis**

***Boletín editado por el Grupo Bolchevique Leninista de España (IV Internacional), nº 1,  
Barcelona, enero de 1937***

(Tomado de *Documentación histórica del trotskismo español (1936-1948)*, Ediciones La Torre, Madrid, 1996, páginas 63-67)

Ninguna organización ha explicado la verdadera significación y alcance de la crisis del gobierno de la Generalidad; ni el POUM, elemento expulsado.

No hay tal crisis en tanto que acontecimiento aislado, con causas específicamente catalanas. Numerosas medidas y acontecimientos, anteriores y posteriores a la crisis, permiten probar documentalmente que nos hallamos en presencia de la primera embestida de la burguesía *nacional e internacional* contra la revolución social y el proletariado en armas, amenaza intranquilizadora para los explotadores de todos los países.

La crisis del Gobierno de Cataluña, cuyo objetivo inmediato era la exclusión del POUM, fue una medida más de la serie iniciada con la constitución del gobierno Largo Caballero. Los inspiradores de estas medidas, partido socialista y staliniano, se proponen desviar nuestra guerra civil por el cauce imperialista y sojuzgar el espíritu revolucionario de las masas, constriñéndolas a la democracia burguesa.

Puede decirse que los atentados gubernamentales contra la revolución social empezaron el mismo 19 de julio, pero no adquieren estado organizado ni practicabilidad hasta que el poder recayó en los líderes socialistas y stalinianos. Al principio, el triunfo del proletariado en armas y sus iniciativas rudimentarias, pero certeras, inhabilitaron totalmente a los gobiernos de Frente Popular, responsables directos y exclusivos de la sublevación fascista. No eran más que remedos de gobiernos. El Poder efectivo en todos sus aspectos (político, judicial, militar, económico) encontrábase diseminado entre todo el proletariado español. Cada organización política o sindical, cada comité obrero, poseía un poco de poder, que ejercía sin el control de la alta dirección y frecuentemente contra ella. Entonces los stalinianos no osaban hablar de la patria ni del ejército regular republicano, pero secundados por los socialistas, preparaban internacionalmente el terreno, mientras dedicaban sus cuidados a salvar la propiedad, la banca, el parlamento, la burocracia burguesa y los escombros del viejo ejército nacional. Todas las formas capitalistas se mantienen en pie gracias a los esfuerzos de socialistas y stalinianos. La colectivización de la industria catalana tiene, por un parte, caracteres de cooperativismo sindical y por otra queda completamente anulada por la banca, que conserva toda su libertad, y por el carácter pequeño-burgués del Poder político.

Mientras transcurría el tiempo, produciendo derrotas la desorganización de las milicias, y agravando el problema de los abastecimientos el caos de la economía, el gobierno preparaba el trampolín de la “defensa de la República” y procuraba congraciarse a toda costa con los gobiernos de Francia, Inglaterra y Rusia. Estos, iniciadores de la no intervención, se mantuvieron neutrales, favoreciendo así a Franco [ilegible] si las masas reventarían o no el cinturón democrático social-staliniano.

Hasta que se constituye el famoso “gobierno de la victoria”. La historia conoce pocos chantajes políticos tan monstruosos como este. Con una situación totalmente revolucionaria, el proletariado en armas, las fábricas y talleres en poder de los obreros, las tierras en el de los campesinos, la justicia ejerciéndose por mano y decisión de los trabajadores, y con una situación social en Europa fácilmente precipitable hacia la revolución, el “gobierno de la victoria” llega al mundo con el propósito de cortar el desarrollo de la revolución, salvar a la burguesía que desaparecía de la escena española y dar a Francia, Inglaterra y Rusia, la seguridad de que pueden aliarse con un gobierno que no tiene nada de bolchevique.

Las milicias, de fundación y espíritu proletarios, son una institución poco simpática a la asustadiza burguesía de Francia e Inglaterra y el mayor peligro para la burguesía nacional. Uno de los primeros decretos del gobierno Caballero fue para tranquilizarla, promulgando la militarización de aquellas. No milicianos rojos, sino soldados de la República. La creación de esos tribunales “populares”, presididos por abogados y juzgando con arreglo a leyes elaboradas para servicio de la burguesía; el reforzamiento de los cuerpos armados de fundación burguesa; la disolución del Comité Central de las milicias de Cataluña, y la campaña por el ejército regular, el mando único y contra los comités, son otros tantos procedimientos para conquistar a aquellos países demostrando que el gobierno es bastante fuerte para impedir el triunfo de la revolución social. El órgano del stalinismo catalán lo confiesa en su número del 10 de enero, diciendo: “Hay que demostrar a los estados no fascistas que somos capaces de resolver democráticamente los problemas del futuro”.

Poco después, el comadreo de la S[ociedad] de N[aciones] sirvió a Alvarez del Vayo para persuadir a los imperialismos democráticos de que el aspecto civil de nuestra guerra es sólo una apariencia encubridora de un complot italo-alemán contra la hegemonía mediterránea anglo-francesa. Los propios ministros se dedicaron a propalar por España esta versión de la guerra. No es, según ellos, los intereses revolucionarios de una clase lo que se ventila, sino “la paz de Europa”; es decir el dominio de unos u otros imperialismos. A decir verdad, Francia, Inglaterra y la propia Rusia, no anhelan sino ver convertidos en realidad los propósitos republicanos de nuestros gobernantes. La burguesía española se salvaría y con ella el dominio colonial de los citados países sobre España.

Sin duda, Francia e Inglaterra temen las consecuencias militares y económicas del triunfo de Franco. Jamás habría existido la no intervención si el dilema: fascismo o democracia, fuera una realidad social en lugar de un señuelo traidor. Pero situadas ante una revolución de tipo socialista Francia e Inglaterra sólo podrían adoptar una posición de clase, favoreciendo a los fascistas mientras animaban la traición de socialistas y stalinianos. En el citado número de “Trebll” confiesan estos que el retraimiento de “las democracias” obedece fundamentalmente “a ciertas actitudes observadas en España”. Estas actitudes no son otras que las medidas revolucionarias tomadas por las masas. De aquí que los stalinianos y socialistas, obedientes a los mandatos de la burguesía europea, recurran a toda clase de vilezas para desacreditar a los revolucionarios, y emprender la reorganización de la sociedad burguesa mediante la campaña contra los comités, los elementos incontrolados (la burguesía ha llamado siempre así a los revolucionarios), la creación del ejército regular republicano y el mando único.

En esta obra, Rusia ha desempeñado una parte preponderante y decisiva para el rumbo de los acontecimientos. Su solidaridad activa con el proletariado y la revolución social española, habría decidido rápidamente la guerra en nuestro favor y abierto quizá las puertas a la revolución europea. Pero en Rusia el Estado ha sido monopolizado por una casta burocrática que no sobreviviría mucho tiempo a una revolución social triunfante en cualquier país. El fascismo por la derecha y el proletariado por la izquierda amenazan sus

privilegios, obligándola a combatir en los dos sentidos, traicionando la revolución en todos los países en aras de su alianza militar contra Alemania. En España la burocracia soviética no ve otra cosa que un aliado de su aliado Francia. Pero Francia no puede ser aliada de una España socialista y para impedir esa transformación, los líderes stalinianos luchan en vanguardia por la república democrática.

A este objetivo tienden sus esfuerzos desde el comienzo mismo de la guerra. La exclusión del POUM del consejo de la Generalidad llega como una medida más de la escala regresiva. Hay que decir que si el POUM fuese un partido verdaderamente revolucionario, nunca habría colaborado en un gobierno cuya constitución obedecía a la necesidad de ganar tiempo hasta que llegase el momento de dar marcha atrás. El POUM encubría con su presencia a los traidores y se cerraba a sí mismo el acceso a las masas. De una manera más acentuada está ocurriendo lo mismo con la CNT.

Por los días de la crisis catalana, la autoridad del gobierno ante la burguesía europea se consolida. El propio Eden declara en la Cámara de los Comunes que “sería una calumnia considerar comunista al gobierno de Valencia”. Se conciertan nuevos convenios comerciales con Inglaterra y Francia y nuestra prensa reproduce los elogios de la prensa capitalista europea al discurso de Alvarez del Vayo. Y en pago de unas cuantas promesas, el gobierno se lanza a una ofensiva a fondo contra el proletariado. Le lanza el grito de defensa de la patria, se suprime el control obrero en las carreteras, se disuelven las milicias de retaguardia y las calles, los bancos y establecimientos vuelven a estar custodiados por los cuerpos de fundación burguesa, debidamente disfrazados en Guardia Nacional de Seguridad.

La campaña contra los comités, en la que contribuyeron a porfía socialistas y stalinianos, pretende eliminar por completo la intervención de los trabajadores, para dar a Francia, Inglaterra y Rusia la seguridad de que existe un gobierno fuerte, tan fuerte como el de Blum, que prohíbe la huelga de brazos caídos, o como el del reaccionario mister Baldwin. En esta campaña, intervienen todas las malas artes y la perfidia de un poder que no puede sostenerse sin las masas y al mismo tiempo sin traicionarlas. La anarquía económica producida por la quiebra de las relaciones burguesas y agravada por las necesidades de la guerra, pretende ser aprovechada para mantener en pie las propias relaciones burguesas. No son los comités quienes producen la anarquía, sino el gobierno que impide a éstos establecer el control absoluto de la economía, ejercer el poder político y ordenar la sociedad según los intereses del proletariado. El gobierno de Valencia y el de Cataluña oponen el orden democrático, esto es, burgués, al orden revolucionario y socialista de los comités. Disuelven estos y se arrojan los mismos poderes que cualquier otro gobierno capitalista. La crisis de la Generalidad marca el momento en que los problemas militar y de abastecimiento, no resueltos por la falta de un poder revolucionario, produjeron el cansancio necesario para hacer retroceder a la revolución sin alteraciones. Es el momento de la ofensiva burguesa contra el proletariado, ofensiva que encuentra sus mejores fuerzas de choque en los partidos socialista y staliniano.

En la misma medida en que la ofensiva triunfa, cambia favorablemente la actitud de Francia e Inglaterra respecto a España. La burguesía mundial, auxiliada eficazmente por la burocracia soviética, se apoya en los partidos socialista y staliniano para salvar a la burguesía española y poder transformar la guerra civil en guerra imperialista.

Y llegará un momento, si no barre antes el proletariado a los traidores que lo gobiernan, en que las consignas de defender la patria, servirá para admitir en nuestro campo a los burgueses y banqueros fugitivos, suficientemente patriotas para comprender a tiempo que tras los “rojos” no hay sino una política blanca y un corazón blanco.

Desgraciadamente, el proletariado se halla políticamente desamparado. Las organizaciones que, como la CNT, la FAI y el POUM no se hallan interesadas en

traicionar a las masas carecen de los principios necesarios para orientarlas a la revolución. Hoy mismo la CNT se apropia la consigna de defensa de la patria. Clama contra los políticos, se deja arrastrar a una política de capitulación, concesiones a la burguesía y sabotaje general de la revolución. Esta temible ausencia de un partido revolucionario, constituye el mayor peligro para la revolución. Sólo por este camino conseguirá su objetivo la unión sagrada entre socialistas, stalinianos y la burguesía mundial.

A su empeño en disolver los comités el proletariado debe oponer la ampliación de los mismos por libre elección de los obreros [...]; a la colaboración de la CNT y el POUM en el gobierno [...] deben oponer la ruptura absoluta y la entrega del poder a los representantes elegidos por aquellos comités. Sólo cuando el poder político pertenezca a los organismos obreros podrá establecerse una política revolucionaria de abastecimientos, crear un fuerte y disciplinado ejército rojo, barrer económica y políticamente todas las formas burguesas e iniciar la era de la revolución social europea.

Responsabilidad para esta edición:



Para contactar con Alejandría Proletaria:

[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)

Visita nuestra página:

<http://grupgerminal.org/?q=node/517>